

Anterior en: <https://ideaswaldorf.com/2-la-fundacion-de-roma/>

3.LA REPÚBLICA DE ROMA

6.

Los etruscos eran artesanos habilidosos con gran sentido de la belleza, hacían pinturas, estatuas y hermosos ornamentos de metal, y también eran excelentes constructores. Los romanos, que eran buenos para copiar, aprendieron mucho de los etruscos. Aprendieron de ellos algo que los griegos no conocían: la construcción arquitectónica con arcos y cúpulas.

Los griegos hacían los dinteles de las puertas planos y horizontales. Los romanos también aprendieron a escribir con las letras de un alfabeto, algo que los etruscos habían aprendido de los griegos.

Los etruscos tenían extrañas formas de predecir el futuro. Un sacerdote mataba una oveja en el altar, y cuando miraban las entrañas del animal podía predecir —según las condiciones del hígado o del corazón— si un viaje o un negocio iba a resultar bueno o malo.

Los etruscos —y los romanos que los imitaban— consideraban con especial temor y respeto a ciertas mujeres que vivían solas en cuevas en los bosques o en las colinas, lejos de los hombres. Eran llamadas **sibilas***, y se decía que su conocimiento del futuro les venía de los vientos, nubes y tormentas. Las sibilas vivían lejos de la gente y raras veces salían de sus cuevas.

En los tiempos del rey Tarquinio, el tirano malvado, **la Sibila de Cumas*** salió de su cueva montañosa y visitó a Tarquinio en Roma. Era vieja, tan vieja que nadie se acordaba de haberla visto como mujer joven, pero caminaba tan erguida como un pino y era tan alta que parecía una torre entre la gente. Un velo cubría sus cabellos grises y llevaba consigo nueve libros.

Llegó ante rey Tarquinio y le dijo:

—*En estos libros está escrito el futuro de Roma. Yo te vendo estos nueve libros por mil monedas de oro*”. El rey, que era tacaño y codicioso, le gritó:

—*¡Son demasiadas monedas para nueve libros!*”

La sibila respondió:

—*¿Eso piensas?*”

Tomó tres de los nueve libros y los tiró al fuego que estaba encendido en la chimenea.

—*Ahora me quedan seis libros, y por los seis también quiero mil monedas de oro*”.

El rey Tarquinio gritó:

—*¡Nunca!*”

La sibila tomó otros tres libros y los tiró al fuego y luego dijo:

—*Estos son los últimos tres libros en los que está escrito el destino de Roma, y siguen costando mil monedas de oro*”.

**Sibila: Profetisa, inspirada en ocasiones por Apolo, capaz de conocer el futuro. La más importante de todas en la mitología romana era la sibila cumana o de Cumas. Vivían en grutas o cerca de corrientes de agua. [n. del pr.]*

**Sibila de Cumas: La más importante de las diez sibilas conocidas en la antigüedad. Vivía en Cumas, antigua ciudad de la Magna Grecia, en la costa del mar Tirreno, al sur de Italia. [n. del pr.]*

Tarquinio se asustó de la mujer, un rey no podía provocar la ira de una sibila. Así que pagó los tres libros por el precio de nueve.

Los libros fueron depositados en el **templo de Júpiter*** y, en lo sucesivo, cuando Roma estaba en peligro, los sacerdotes los consultaban para ver la forma de salvar la ciudad. Los libros de la sibila no decían nada sobre el futuro del rey Tarquinio. Tal vez era algo que estaba escrito en los libros que la sibila había quemado.

El rey Tarquinio estaba preocupado por su futuro, tenía terribles sueños por la noche, y veía a su suegro, el rey legítimo, y a otras personas que había asesinado, y no podía encontrar la paz ni de día ni de noche.

Un día hizo un sacrificio a los dioses en el templo y, súbitamente, apareció una serpiente y devoró la ofrenda del sacrificio delante de sus ojos. El rey pensó que eso sólo podía ser un mal augurio para él. Estaba tan alarmado que decidió consultar al Oráculo de Delfos, en Grecia el lugar de la profecía más famoso en aquella época.

Mandó a sus dos hijos y a Bruto, el sobrino del anciano rey asesinado, que fingía no estar bien de la cabeza. Los tres tuvieron que viajar por mar y tierra, y finalmente se encontraron ante la sacerdotisa del templo de Delfos. Le preguntaron qué significaba la serpiente que había devorado el sacrificio de Tarquinio. La sacerdotisa les dijo:

—*“Es un mal presagio, quiere decir que el reinado del rey Tarquinio llegará pronto a su fin”*.

Los príncipes preguntaron, muy interesados:

—*“¿Quién gobernará después de él?”*

La respuesta dejó una intriga:

—*“El que primero bese a su madre será el nuevo rey”*.

Los hijos de Tarquinio se apresuraron en regresar para correr hacia su madre. Pero sólo Bruto entendió el sentido real de las palabras de la sacerdotisa. Tan pronto como salió del templo, Bruto se tambaleó e hizo como si se cayera de bruces, los otros habían visto ese gesto estúpido muchas veces, pero no se dieron cuenta de que esta vez estaba besando la tierra. Acababa de besar a la Madre Tierra, ésa era la madre a la que se refería el oráculo.

Los sacerdotes tenían una especie de lenguaje secreto que sólo ellos entendían, en ese lenguaje el Cielo era el padre y la Tierra la madre.

Nosotros aún somos hijos del Cielo y de la Tierra, porque nuestro espíritu inmortal procede del Cielo y nuestro cuerpo procede de la Tierra. Bruto sabía todo esto y besó a la Madre Tierra, mientras los hijos de Tarquinio sólo pensaban en su propia madre humana.

Desde aquel momento Bruto comenzó a tener conversaciones secretas con otros romanos que estaban dispuestos a luchar contra el rey y sus hijos.

Un día, el rey Tarquinio salió a luchar contra otra ciudad italiana y los dos hijos le acompañaban. Uno de ellos dejó el campo de batalla para divertirse en Roma. En su camino pasó por la villa de un oficial romano que no estaba en casa por estar al servicio del rey Tarquinio.

**Templo de Júpiter Óptimo Máximo o Templo de Júpiter Capitolino: El templo más importante en la Antigua Roma, ubicado en la Colina Capitolina. Dedicado a la Tríada Capitolina: Júpiter, Juno y Minerva. [n. del pr.]*

La esposa del oficial, una hermosa mujer llamada **Lucrecia***, estaba en la casa y le dio la bienvenida. El príncipe la miraba y pensaba:

-“¿Qué puedo hacer con esta mujer?”

Los hijos de Tarquinio siempre tomaban lo que querían y por eso el príncipe le dijo a la mujer que tenía que irse con él. La mujer se resistió y el hijo de Tarquinio la arrastró riéndose de ella. Ella sabía que no podía luchar con un hombre tan fuerte y, en su desesperación, sacó una daga y se suicidó, clavándosela en el pecho. El príncipe simplemente la dejó allí. Cuando llegó su esposo pocas horas después aún estaba viva y antes de exhalar su último suspiro ella logró contarle lo que había sucedido.

Entonces llegó Bruto y supo lo que había sucedido. Ambos tomaron el cuerpo de Lucrecia y lo llevaron al foro de Roma. Allí en la plaza, ante miles de romanos, Bruto arengó a la multitud y les contó lo que había sucedido. Y les recordó que eso podía sucederle a cualquiera mientras Tarquinio y sus hijos gobernasen en Roma.

Había llegado la hora de deshacerse de él. Sus furiosas palabras incitaron a los romanos que habían sufrido tanto tiempo. Entonces se levantaron en armas contra Tarquinio y sus hijos. Los soldados de Tarquinio al saber lo que le había sucedido a la mujer de uno de sus oficiales, desertaron y se unieron a los rebeldes.

Tarquinio y sus hijos, abandonados por sus soldados, huyeron a refugiarse entre su propia gente, los etruscos. Entonces, los romanos decidieron que nunca más serían gobernados por un rey. De este modo Roma se convirtió en una **República***, donde cada año se elegía a dos hombres con el mismo poder para hacer leyes y ocuparse de la justicia del país. Se les llamó cónsules, y los dos primeros fueron Bruto y **Colatino***, el esposo de Lucrecia. De este modo, Bruto, que había fingido estar loco, liberó a Roma de su tirano Tarquinio.

De cómo Horacio mantuvo el puente <https://ideaswaldorf.com/la-mano-en-el-fuego/>

Roma era la ciudad de las siete colinas y creció desde la colina Palatina —donde Rómulo había construido su ciudad amurallada— hasta abarcar las siete colinas a lo largo del río Tíber. Pero también fue la ciudad de siete reyes: el primero fue el propio Rómulo (752 aC-715 a. d.C.), luego le siguió el pacífico rey sabino Numa Pompilio (715 aC-673 a. d.C.), seguido de otros dos reyes romanos: Tulio Hostilio (673 aC-640 a. d.C.) y Anco Marcio (636 aC-617 a. d.C.) y, por último, tres de origen etrusco: Tarquinio Prisco (616 aC-573 a. d.C.), Servio Tulio (578 aC-534 a. d.C.) y Tarquinio el Soberbio (534 aC-509 a. d.C.). El tercero de los reyes etruscos, el cruel Tarquinio el Soberbio fue, pues, el séptimo y último rey de Roma.

**Lucrecia: Hija de Espurio Lucrecio Tricipitino y esposa de Colatino, fue violada por Sexto Tarquinio, hijo de Lucio Tarquinio. Este ultraje y el posterior suicidio de Lucrecia, influyeron en la caída de la monarquía y en el establecimiento de la República. [n. del pr.]*

**República Romana: Periodo de la historia de Roma caracterizado por el régimen republicano como forma de gobierno, desde el 509 aC, cuando se puso fin a la Monarquía Romana con la expulsión del rey Lucio Tarquinio el Soberbio, hasta el 27 a.d.C., inicio el Imperio Romano. [n. del pr.]*

**Lucio Tarquinio Colatino: Uno de los fundadores de la República Romana y primer cónsul, junto con Lucio Junio Bruto. Esposo de Lucrecia, cuya violación llevó a la destrucción de la monarquía. [n. del pr.]*

Tarquino había sido expulsado de Roma y había huido a refugiarse entre su propia gente, los etruscos. Pero no era un hombre que abandonara las cosas, especialmente el poder, tan fácilmente. Así que persuadió al rey etrusco, **Lars Porsena**

<https://ideaswaldorf.com/la-mano-en-el-fuego/> para que se levantara en armas y marchara contra Roma.

Fue Bruto, el primer cónsul, quien condujo a los romanos contra los etruscos, y los dos ejércitos chocaron en una furiosa batalla. En un momento determinado Bruto vio a uno de los hijos de Tarquino, espoleó a su caballo y le apuntó con la lanza. El hijo de Tarquino hizo lo mismo. Chocaron violentamente y los dos se atravesaron con sus lanzas mutuamente, cayendo muertos desde sus caballos.

Los romanos acabaron ganando esa batalla, pero fue una victoria triste, porque habían perdido a Bruto. Entonces eligieron a otro cónsul, **Valerio*** para reemplazarlo. Pero Lars Porsena, el rey etrusco, deseaba vengar la derrota y volvió a marchar contra Roma.

Otra vez, los romanos salieron de la ciudad para enfrentarse a los etruscos a campo abierto, pero esta vez fueron derrotados y huyeron a refugiarse a la ciudad, perseguidos por los etruscos. Por donde pasaron los etruscos lo incendiaron todo, pueblos, casas, y campos.

Fuera de la ciudad de Roma había una pequeña colina, la colina **Janícula*** y estaba conectada con las murallas de Roma mediante un puente de madera, debajo del cual fluía el poderoso río Tíber. Los romanos intentaron resistir a los etruscos en esa pequeña colina, pero no lo consiguieron, los etruscos lograron invadirla.

El cónsul Valerio y los demás líderes dentro de Roma se encontraban en una situación desesperada. Los etruscos podían atacar fácilmente Roma atravesando el puente, por lo que lo más conveniente era destruirlo.

¿Quién se mantendría en el otro lado, en la colina, enfrentándose a los etruscos mientras era destruido el puente?

Naturalmente, los hombres que se hallaran en la colina tampoco tendrían posibilidad de regresar a la ciudad. Pero a los romanos nunca les faltó el coraje.

Horacio*, un soldado que había perdido un ojo en batalla, se acercó y se ofreció voluntario para retener al ejército etrusco el tiempo suficiente como para que se pudiera destruir el puente. Y después de que ese valiente se ofreciera para realizar la misión, dos de sus amigos, **Espurio*** y **Herminio*** se ofrecieron voluntarios a acompañarle. Armados hasta los dientes, los tres hombres se precipitaron hasta el extremo del puente del lado de la colina Janícula y desafiaron a los etruscos que se acercaban.

***Lars Porsena**: Rey etrusco de la ciudad de Clusium, de finales del siglo VI a.d.C. Atacó la República Romana, por pedido de Tarquino el Soberbio, último rey de Roma, de origen etrusco, que había sido destituido. [n. del pr.]

***Publio Valerio Publícola** (ca. 560 aC-503 a.d.C.): Cónsul romano en cuatro ocasiones. Participó activamente en la expulsión del último rey, Lucio Tarquino el Soberbio. [n. del pr.]

***Colina Janícula**: Colina ubicada en la ribera oeste del Tíber. No es una de las siete colinas de Roma, junto con la colina Vaticana y el monte Pincio. [n. del pr.]

***Horacio Cocles**: Héroe mítico romano del siglo VI a.d.C., que defendió en solitario el puente que conducía a la ciudad de Roma contra los etruscos liderados por Lars Porsena. 'Cocles' significa 'con un solo ojo.' [n. del pr.]

***Espurio** Larcio Flavo: Héroe romano que, junto con Tito Herminio Aquilino, estuvo al lado de Horacio Cocles en la defensa del puente contra las tropas de Lars Porsena. [n. del pr.]

***Tito Herminio Aquilino**: Héroe romano que, junto con Espurio Larcio Flavo, estuvo al lado de Horacio Cocles en la defensa del puente contra las tropas de Lars Porsena. [n. del pr.]

Por muchos que fueran, los etruscos no podían atacar todos a la vez, sólo unos pocos podían hacerlo al mismo tiempo. De modo que Horacio en el centro, y sus dos amigos a ambos lados, lucharon como leones; mantuvieron a los etruscos a raya, y los montones de cadáveres que se iban acumulando a su alrededor hicieron cada vez más difícil que los demás llegaran hasta ellos.

Mientras tanto, a sus espaldas, los romanos sacaron las maderas del puente y las echaron al río. Cuando estaban quitando la última, les gritaron a los tres héroes:

—*¡Volved!*

Los dos amigos de Horacio regresaron, y se lanzaron sobre la madera oscilante para saltar al otro lado. Pero Horacio siguió luchando hasta que no quedara en pie ninguna madera.

Cuando Horacio estaba matando a otro enemigo, se oyó el estruendo de la última viga estrellándose sobre el Tíber. Estaba completamente solo, frente a miles de enemigos y el puente había desaparecido tras él. Sangrando de muchas heridas, exclamó:

—*¡Padre Tíber, río de Roma, cuida de la vida de un romano!*

Y saltó las torrentosas aguas del río. Los etruscos, en su furia, empezaron a tirarle lanzas, pero ninguna de ellas lo alcanzó. Varias veces Horacio se hundió por el peso de su armadura, pero cada vez lograba salir, hasta que llegó a la otra orilla, donde muchas manos estaban dispuestas a ayudarlo a salir.

El acto heroico de Horacio fue siempre recordado en Roma.

Una vez destruido el puente Lars Porsena y los etruscos no pudieron tornar Roma. Al poco tiempo firmaron la paz. Tarquinio abandonó toda esperanza de recuperar el reino y murió sin amigos ni hogar.

Muchos años más tarde los romanos fueron conquistando todas las ciudades etruscas. Los etruscos conquistados se convirtieron en romanos, y con el tiempo la lengua etrusca acabó desapareciendo. Hoy sólo conocernos el hecho de que fueron hábiles constructores y artistas, que enseñaron muchas cosas a los romanos, y que no hablaban latín. Existen inscripciones, pero nadie sabe interpretarlas.

Han sido los escritores romanos los que nos han dado a conocer la existencia de reyes etruscos que habían gobernado Roma y que cuando el último, Tarquinio el Soberbio, fue expulsado de Roma, ésta se convirtió en República.

Patricios y plebeyos

Tarquinio, el séptimo y último rey de Roma, había sido expulsado de Roma, los etruscos no solamente habían sido expulsados, sino también conquistados por los romanos, y la ciudad de Roma ya no era una pequeña fortaleza en la colina que había elegido Rómulo, sino una gran ciudad extendiéndose sobre siete colinas. Se había convertido en una República, gobernada por los ciudadanos, no por un rey.

Las calles de la ciudad eran muy estrechas y sin pavimentar. Peatones, carros tirados por asnos repletos de frutos y vegetales, jinetes a caballo, todos se amontonaban en

estrechos callejones. Las casas eran bajas, pero muchos templos con pilares de mármol se erguían por encima de ellas.

Un visitante de Atenas se habría dado cuenta de que los dioses de los romanos eran los mismos que los griegos, pero con nombres latinos. Había el templo para Apolo, el dios solar, y otro para su hermana Diana, la diosa de la Luna y de la caza, que a la vez protegía a los niños. Había el templo para Marte, el dios de la guerra —cerrado en los escasos momentos de paz— y el templo de Venus, la diosa del amor —Afrodita en griego—. Había el templo de Mercurio, el dios del comercio y los negocios —Hermes para los griegos—.

Arriba en la colina Capitolina, una de las siete colinas, se elevaba el templo de Júpiter, el Padre de los Dioses —Zeus para los griegos—. En castellano, todavía se oyen los nombres de esos dioses en los días de la semana: martes por Marte, miércoles por Mercurio, jueves por Júpiter, y viernes por Venus.

Al pie de la colina donde se hallaba el gran templo de Júpiter se hallaba el foro, el gran centro del mercado. El foro era mercado solamente una vez a la semana. Cada siete días los campesinos se congregaban allí para vender grano, carne, legumbres y pescado. También había tenderetes donde se vendía miel en panales y que era utilizada para endulzar la comida, pues el azúcar era desconocido.

Una vez a la semana se congregaba allí la multitud, los campesinos que vociferaban anunciando sus productos, hombres y mujeres regateando sus compras.

En otros días el foro estaba mucho más tranquilo, pero era importante por otra razón.

Imaginemos a un visitante de Atenas que llega en un día tranquilo a un lugar abierto y amplio, el foro, y que un romano le explica lo que ve:

—“El hombre allá al fondo, seguido de dos esclavos, viste una túnica, y encima, doblada sobre el hombro izquierdo, lleva una gran pieza de tela de lana, llamada toga. Los romanos estamos muy orgullosos de nuestras togas. Las llevan hombres y mujeres.

Los ricos utilizan tela suave y delicada, las togas de los pobres son de material más burdo. Los niños solamente llevan la túnica, y para un joven o una joven romana, cuando cumplen los catorce años es un gran día de ceremonia, cuando se le permite llevar su primera toga. Pero los esclavos solo pueden llevar la túnica. El hombre que te he señalado, el de la toga fina, es un patricio”.

El visitante de Atenas, lleno de curiosidad, pregunta:

—“¿Y qué son los patricios?”

El romano le responde:

—“Los primeros que se asentaron en Roma. Tal vez hayan sido pastores o ladrones, pero desde aquellos lejanos días, los nietos y biznietos de aquellos primeros romanos se hicieron ricos y poderosos. Y como esas familias eran las más antiguas de Roma, las “familias que fundaron la patria”, se les llama los patricios”.

—“Los que llegaron más tarde, cuando Roma ya se extendía sobre las siete colinas, eran muy pobres, los llamamos “plebe”, “plebeyos” o “gente del vulgo”, “gente vulgar”.

Y el romano le sigue explicando:

–“En un hogar romano el padre es el dueño absoluto, su esposa y sus hijos lo obedecen sin cuestionarlo, ni siquiera se atreverían a discutirle o desobedecerle, pues él tiene sobre ellos incluso el poder de la vida o de la muerte. ¡Hasta podría venderlos como esclavos!”

–“Y así como el padre es el dueño de la familia, los patricios son los dueños de Roma. Los senadores son elegidos de entre esas antiguas familias nobles, ricas y respetadas”.

–“¿Y quiénes son los senadores?”

–“Los senadores son el verdadero gobierno de Roma, son los padres de la ciudad. Cuando expulsamos a Tarquinio juramos que nunca más volveríamos a tener un rey en Roma. En lugar de ser gobernados por un rey somos gobernados por el Senado, la asamblea de senadores.

–“Los patricios más sabios y experimentados son elegidos como senadores. La palabra “senex” en latín quiere decir “anciano”, y esos senadores son todas personas que han vivido muchos años antes de ser considerados lo suficientemente sabios para convertirse en miembros del gobierno”.

–“Cuando nuestros soldados desfilan hacia la batalla portan estandartes en los que se ven escritas las siglas ‘SPQR’ que es la abreviatura de “Senatus Populus Quae Romanus”: el “Senado y el Pueblo Romano”.

–“Nuestros edificios públicos también ostentan esa inscripción, y todas nuestras leyes son emitidas en nombre del Senado y del pueblo”.

–“Estamos orgullosos de tener este tipo de gobierno, pero como ha sucedido con muchas otras cosas, como la escritura, la construcción, el uso de monedas para el comercio, las hemos copiado de los etruscos”.

–“Aquí, en el foro, está el Senado, donde se reúnen los senadores”.

Y entonces el visitante ateniense pregunta:

–“¿Pero ¿qué pasa cuando hay guerra?”

–“¡Esos senadores ancianos seguro que no son buenos conductores de soldados en la batalla!

–“¡Eso es cierto! Entonces, los senadores escogen a dos jóvenes patricios como cónsules. Esos cónsules son nuestros guías en tiempos de guerra, y cuando hay paz procuran que impere la ley y el orden en Roma. Esos cónsules tienen gran poder, pero sólo durante un año, después del cual los senadores eligen a otros dos de entre los jóvenes patricios, de manera que nadie ostenta el poder demasiado tiempo”.

Intrigado, el ateniense pregunta:

–“¿Y quiénes son vuestros soldados?”

–“Todo ciudadano romano sano entre 17 y 45 años ha de estar disponible para servir en el ejército como soldado cuando se le convoque, tanto si es un noble patricio como si es un plebeyo”.

–“Los patricios son los oficiales del ejército y cabalgan y luchan montados a caballo. Los plebeyos son los soldados comunes y marchan a pie, como infantería”.

–“¿Están satisfechos los plebeyos con el hecho de que no tengan voz ni voto en el gobierno?”

–“Los senadores son elegidos de entre los patricios, los senadores eligen a los cónsules de entre los patricios, no hay posibilidad alguna para los plebeyos. Ni tampoco pueden convertirse en oficiales del ejército”.

El romano titubeó antes de responder:

–“Bueno, ha habido problemas de vez en cuando. En una ocasión los plebeyos amenazaron con marchar de la ciudad y construir otra nueva para ellos en una colina fuera de Roma. Pero se les convenció de que volvieran, porque, al fin y al cabo, los plebeyos están tan orgullosos de ser romanos como los patricios, y siempre que aparece un enemigo a quien enfrentarse –lo que sucede constantemente– entonces olvidamos nuestras riñas y discusiones y luchamos hombro a hombro. Pues nosotros, patricios y plebeyos, sólo tenemos un deseo y un anhelo, convertir nuestra ciudad de las siete colinas en la mayor, más rica, más poderosa y más espléndida ciudad en el mundo”.

Y el ateniense piensa:

–“¡Ojalá mi gente en Atenas pensara igual! y aunque tenemos templos más bellos, mejores artistas y maestros más sabios que vosotros nunca seremos tan poderosos como lo seréis algún día vosotros los romanos.”

Las leyes y costumbres romanas <https://ideaswaldorf.com/leyes-romanas/>

Los romanos tenían algo que no tenían los griegos. ¿Y qué era eso?

El padre romano era el dueño absoluto en el hogar: la madre y los niños obedecían todos sus deseos y órdenes con total sumisión, tanto en los asuntos nimios como en los grandes.

El padre era quien decidía cuándo había de casarse su hijo o su hija: ningún joven romano hubiera pensado en la posibilidad de elegir por sí mismo.

Desde su más tierna infancia, los romanos estaban acostumbrados a la obediencia y a la disciplina. Incluso la palabra “disciplina” –que viene de la palabra latina “discipulus”– se refiere a alguien que ha de aprender, a un alumno. Estando acostumbrados a ello desde la infancia, los romanos mantenían la disciplina a lo largo de toda su vida.

En el hogar, el padre establecía las reglas y toda la familia obedecía. En el Estado, el Senado establecía las leyes y todo el pueblo las obedecía. Una vez que se promulgaba una ley, los romanos consideraban que no había que cambiarla nunca.

Por eso, las leyes del Senado se escribían siempre con sumo cuidado. Cuando un cónsul romano tenía que emitir un juicio, por ejemplo, entre dos hijos que no se ponían de acuerdo a la hora de compartir la herencia de su padre, al cónsul no se le ocurría pensar:

“¿Cuál sería la manera más justa de compartir los bienes en este caso?”

Sino que consultaría qué leyes habían sido escritas al respecto desde hacía mucho tiempo y decidiría de acuerdo con ellas.

Mientras los griegos iban cambiando las leyes de vez en cuando, los romanos las mantenían inalteradas; se aferraban a la letra de las leyes.

Los romanos creían en la justicia, pero era una justicia muerta que no procedía del corazón, sino de los viejos libros. Cuando un cónsul romano caminaba por las calles para ir a

emitir su decisión en la corte, doce hombres, llamados ‘lictores,’ caminaban delante de él. Llevaban un hacha grande rodeada de un manojo de varas de madera, la cabeza del hacha sobresalía por encima de las varas. Esos haces, que llamaban ‘fasces,’ fueron los primeros signos de la justicia romana.

Toda la gente en la calle cedía respetuosamente el paso al cónsul que llevaba una toga especial, con borde púrpura. Y todo niño en Roma sabía lo que significaba ese haz de varas: el cónsul podía hacer azotar a los malhechores con las varas o hacer que los decapitaran con el hacha.

Al estar tan acostumbrados a las reglas estrictas desde la infancia, los romanos también mantenían una severa disciplina como soldados en el ejército.

Un hombre que no obedeciera a su oficial, un oficial que no obedeciera a su general, un general que no obedeciera a los senadores, perdía la vida sin misericordia. Pero al estar entrenados en esa disciplina rigurosa, los romanos se convirtieron en soldados mejores que los de cualquier otra nación de su época.

El soldado romano llevaba sobre su túnica una coraza de metal mantenida por bandas de acero. Un casco de metal le protegía la cabeza.

Llevaba un gran escudo grabado hecho de madera muy resistente con borde metálico y una agarradera de hierro en el centro. Como armas, llevaba una lanza de dos metros y una espada corta de dos filos. En una batalla, los romanos luchaban en tres filas.

La primera línea, la frontal, estaba compuesta de soldados jóvenes que habían luchado muy poco o no lo habían hecho nunca. La segunda línea estaba hecha de soldados que ya tenían mucha más práctica en la lucha. Y en la tercera estaban los soldados que habían visto tantas batallas a lo largo de los años que la guerra era simplemente parte de su vida. De modo que, en una batalla, si los soldados de la primera línea, para quienes todo era nuevo y terrible, perdían los nervios, estaba la segunda línea de soldados más veteranos para detener el enemigo. Si éstos también cedían, intervenía la tercera línea, los soldados a quienes el fragor de la batalla, el silbido de las flechas, el choque de las espadas y los gritos de los heridos y moribundos eran sonidos tan familiares como los de una calle concurrida.

Esos eran los hombres que se mantendrían y morirían luchando sin retroceder ni huir. Los soldados de esa última línea eran llamados “veteranos”, de la palabra latina “*vetus*”, que quiere decir “viejo”, “experimentado”.

Cuando los romanos atacaban empezaban lanzando las largas lanzas hasta que se rompía la línea del enemigo, luego cargaban y usaban la espada corta con letal habilidad en la lucha cuerpo a cuerpo.

El ejército romano estaba dividido en legiones o regimientos, cada una de unos cinco mil hombres. A la cabeza de cada legión estaba el portador del estandarte –no tenían banderas– con un águila de bronce en el extremo y las orgullosas letras ‘*SPQR*.’

Todo romano de 17 a 45 años, ya fuera patricio o plebeyo, tenía que servir como legionario, como soldado, cada vez que era reclamado por el Senado.

A veces el Senado requería muchos soldados, a veces, sólo unas pocas legiones, pero todo romano tenía que estar listo para ir a la guerra por Roma.

Y desde el período en que Horacio mantuvo a raya a los etruscos frente al puente de Roma no cesó de luchar para incrementar sus dominios.

Italia estaba constituida por muchos pequeños Estados y los romanos lo conquistaron uno tras otro, hasta que toda la península se halló bajo el gobierno de Roma.

En el extremo sur, los romanos se toparon con las ciudades que habían sido fundadas por los griegos que se habían establecido en Italia, una región conocida como Magna Grecia.

Nápoles era una de esas ciudades. Esas colonias griegas eran ciudades de mercaderes, prósperas y florecientes, cuyos barcos surcaban los mares y transportaban bienes de un país a otro.

El provecho de ese comercio marítimo había enriquecido esas ciudades griegas.

Los romanos conquistaron las ciudades griegas de Italia igual como hicieron con el resto del país, pero miraban con admiración las obras de arte de esos griegos, en los templos y estatuas, admiraban a los hombres sabios por su sabiduría y conocimiento.

Aprendieron de ellos todo cuanto pudieron y los imitaron. E igual como antes habían aprendido de los etruscos, ahora aprendían de los griegos.

En sus inicios, los romanos habían sido sobre todo campesinos, y conocían muy poco del comercio, e incluso el manejo del dinero, que aprendieron de los etruscos.

Pero ahora aprendieron de las ciudades griegas en Italia los beneficios que podía reportar el comercio marítimo, el enviar barcos que compraban bienes en un puerto y los vendían a un precio mayor en otro. Pronto los barcos romanos surcaron los mares llevando a Roma riquezas y tesoros. Esta veloz expansión de Roma en el comercio marítimo la llevó a enfrentarse al peor enemigo que jamás había encontrado.

Y ese enemigo era una ciudad más antigua que Roma y tan poderosa como ella, una ciudad que también se había enriquecido por el comercio marítimo, y no toleraba la competencia de Roma.

Esa pequeña ciudad en el norte del norte de África se llamaba Cartago.

Continúa en <https://ideaswaldorf.com/4-cartago/>

Aportación de Hermelinda Delgado